

## EL CATOLICISMO ESPAÑOL EN LA GUERRA CIVIL

### *The Spanish Catholicism in the Civil War*

José Manuel CUENCA TORIBIO

*Universidad de Córdoba*

hi1cutoj@uco.es

Fecha recepción: 11/02/2014; Revisión: 26/03/2014; Aceptación: 29/04/2014

BIBLID [0213-2087 (2014) 32; 239-250]

**RESUMEN:** Este artículo glosa las publicaciones aparecidas en los últimos siete años sobre el tema de referencia. Se detiene en particular en la edición del inmenso epistolario del cardenal Gomá, sin el cual será imposible escribir nada serio al respecto. El capítulo Guerra Civil se enmarca por lo demás en la trayectoria de la Iglesia española en el siglo precedente. El autor destaca, por razones objetivas pero también coyunturales, el tema de los martirologios que sitúa en coordenadas más bien españolas, sin olvidar comparaciones internacionales.

**Palabras clave:** Guerra Civil, Iglesia española, catolicismo, Gomá, epistolario, Franco, memoria histórica, martirologio.

**ABSTRACT:** This article examines some of publications of the last seven years. It focuses in particular on Cardinal Goma's enormous collection of letters and writings. One can say nothing sensible about the relationship between Catholicism and the Civil War without reference to this work, which has been carefully edited and annotated. The Civil War period is considered within the context of the historical evolution of the Catholic Church in the preceding century. The hotly debated issue of Catholic martyrs during the War is placed within Spanish coordinates without neglecting to make international comparisons.

**Keywords:** Spanish Civil War, Spanish Catholic Church, Catholicism, Cardinal Goma, Franco, historical memory, martyrs.

La porción más significativa de la bibliografía alumbrada en el septenio último acerca de la Iglesia y el catolicismo españoles durante la Guerra Civil es, sin duda, la concerniente al voluminoso epistolario salido incesablemente de la pluma en verdad infatigable del cardenal primado, el tarraconense Isidro Gomá y Tomás (1869-1940). Figura con escaso paralelo en cuanto carácter, formación y laboriosidad, la oceánica correspondencia del último tramo de su existencia rubrica patentemente dichas características del arzobispo toledano en el sexenio 1934-1940, decisivo en los destinos de la Iglesia hispana. Su rango, situación y personalidad, así como la coyuntura mencionada, prestan a los trece gruesos tomos del epistolario mencionado una trascendencia acaso incomparable con cualquier otra documentación eclesiástica europea contemporánea de naturaleza similar, entrando, claro es, en el cotejo, la también en extremo valiosa de su coterráneo y un día receloso superior, el cardenal F. Vidal y Barraquer, referida al periodo inmediatamente anterior, el quinquenio 1931-35.

Incuestionablemente, Catalunya ha sido la región motor y proa de la vida española durante los últimos doscientos años. Ello, obvio es, no se ofrece tan solo en la dinámica política o social, sino que se refleja igualmente en los hábitos culturales y usos sociales. El ámbito de la correspondencia —expresión siempre de una de las máximas formas por las que se vehicula la sociabilidad— está lejos, naturalmente, de constituirse en excepción de lo afirmado; antes bien, lo ratifica *ad integrum*. Los epistolarios más jugosos, nutridos y generalizados de los siglos XIX y XX corresponden, en conjunto, a gentes del Principado y no necesaria o exclusivamente a las de índole comercial o económica. Fuente historiográfica de primera magnitud, pese a su escaso empleo e incluso valoración del lado de los estudiosos españoles —incluso de los críticos literarios—, los epistolarios rinden de modo invariable grandes servicios a la investigación y, con harta probabilidad, se convertirán en elemento utilizado de manera creciente por los jóvenes reconstrutores de una etapa de la vida nacional singularmente crispada, cuando no belicosa y sangrienta, que encuentra en las cartas de sus protagonistas un observatorio o contrapunto inestimables y, a las veces, también un lenitivo estimulante.

A mayor abundancia y realzando aún más la obra glosada, sus compiladores y prologuistas son dos de los especialistas más relevantes de la historiografía religiosa de la España del novecientos, con muy extenso recorrido por todos los caminos de su geografía y una contrastada autoridad en todos ellos, constituyendo, en efecto, un muy sorprendente binomio entre los historiadores de su generación —no así de las ulteriores— el aragonés José Andrés Gallego y el gallego Antón María Pazos, investigadores hoy en el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A lo largo de varios años de paciente rebusca en el Archivo Gomá custodiado en la catedral de Toledo han recogido, como queda dicho, toda la documentación de índole histórica para allegarla en trece volúmenes de quinientas páginas de promedio —los más breves, 4 y 13, 366 y 483 respectivamente; los más extensos, 6 y 12, 699 y 783. Ambos editores contaron en su empresa con el servicio de varios jóvenes contemporaneístas, alevines en tan heterogéneo gremio. La labor

de todos es pulcra, con pertinentes notas y aclaraciones de naturaleza a menudo biográfica sobre el profuso e interminable catálogo de personajes, así como de figuras menores o secundarias relacionados con la andadura del país durante el dramático trienio bélico de 1936-39.

Lo apuntado resulta, desde luego, suficiente para intuir la relevancia absoluta de la fuente y el material inmenso contenido en su área. Ningún acontecimiento de cierta entidad del periodo deja de tener su glosa o apostilla, a menudo de interés, en las cerca de quince mil páginas que configuran la obra. Ni siquiera el marco o desarrollo estrictamente militar queda fuera de la curiosidad o referencia del primado, auténtico galeote de la pluma en su afán por registrar y comentar cualquier extremo de la inmensa tragedia. Con mayor frecuencia todavía, bien se entiende, son los textos salidos de su mano los que se erigen en piezas capitales para adentrarnos en muchas de las claves principales de la contienda. El talante algo y, en ocasiones, un mucho individualista del epistológrafo —pues su correspondencia en doble dirección constituye, sin posible réplica, el torso, dominante y hegemónico de los escritos recopilados—, se traducirá *ex abundantia* en la visión y exposición personales de sucesos y gentes, con propuestas, exégesis y definiciones debidas a él mismo. Poderoso cerebro, incansable promotor, creador, en definitiva, notable, la política eclesiástica del tiempo de guerra le tuvo como principal y, en no pocas ocasiones, exclusivo autor, sin que las directrices de la curia romana se librasen de ordinario de pasar por su cedazo antes de materializarse en la regulación de las actividades de los católicos españoles o en los canales establecidos con los poderes franquistas.

Desde los primeros instantes del cainita conflicto, la relación con estos centraría, lógicamente, los trabajos y los días del primado. Muy pocas figuras acogieron con mayor entusiasmo la designación del militar gallego como «Generalísimo» y Jefe del Estado que Gomá. A partir de octubre del 1936, sus hercúleos afanes por encontrar interlocutores válidos y eficaces en orden a enfriar las pasiones y encauzar con un mínimo de seguridad los contactos entre la cúpula eclesial y la castrense no tendrían ya continuidad al haber encontrado en Franco la meta de sus deseos. El tema vasco, erigido en el principal nudo gordiano de sus diálogos con las autoridades castrenses durante los meses de agosto y setiembre, se canalizó después de la última fecha, no sin haber registrado en su historia la despótica expulsión del obispo vitorriense Mateo Múgica y aun el execrable y no menos impactante fusilamiento de 16 sacerdotes acusados de separatismo, acaecido, según se sabe, a mediados de octubre, apresurando, frente a la encendida protesta de Gomá, la interlocución exclusiva entre el Generalísimo y el primado. Tal medio acabó por configurarse una vez nombrado aquel en el mismo otoño representante oficioso de la Santa Sede ante el gobierno de Burgos. Al mismo tiempo, la empatía surgida de inmediato entre ambos propició dicha «entente». A partir de su primera conversación, la consideración y hasta el elogio del cardenal hacia Franco se mantuvieron constantes, sin que se conozca, del lado de este, ninguna censura o crítica personal respecto de Gomá. Desde este prisma, la descripción del dictador

por el cardenal entraña una valiosa e inédita aproximación psicológica y política acerca de su biografía íntima en etapa tan decisiva de esta como la enmarcada en la fuente comentada ahora.

Tal vez en ese *feeling* haya que buscar el origen del acto más resonante de la labor desplegada por Gomá cuando ocupaba un lugar de excepción en el principal escenario de la España de la época. El eco suscitado en la opinión pública internacional de sus dos escritos de comienzos de 1937 —*El Caso de España y Respuesta obligada. Carta abierta al lendakari Aguirre*— incitó a Franco a solicitarle la redacción de un texto en que el episcopado explanara ante el mundo su posición acerca de los orígenes y motivaciones de la Guerra Civil. El «caudillo» estaba decepcionado por el escaso apoyo que su régimen denunciaba en amplios medios conservadores internacionales y aun en el mismo Vaticano, donde extensos círculos se mostraban atraídos por las tesis de sus enemigos. La génesis del controvertido escrito de 1 de junio de 1937 es, por descontado, más compleja; pero el material recogido en el Archivo Gomá corrobora de forma indubitable que la solicitud del «Generalísimo» no se echó en saco roto por parte del prelado catalán, dejando patente huella en su iniciativa. Gomá participaba de los mismos recelos frente a la diplomacia pontificia en sus escalones superiores y, de modo especial, en los intermedios, acaso los más determinantes a la hora de programar la estrategia de la Secretaría de Estado, ante cuyo titular, sin embargo, el primado deponía todas sus reservas. La reciente exhumación documental de los fondos del Archivo Secreto Vaticano atañente al periodo de la Guerra Civil española viene en este punto a refrendar lo presumido de la correspondencia gomaniana. El cardenal Pacelli fue quizás el más resuelto defensor de la causa franquista en la Roma de un Pío XI que siempre albergara en lo más recóndito de su espíritu una invencible renitencia a la justicia o bondad de dicha causa (véase al respecto Cárcel Ortí, V., *Pío XI entre la República y Franco. Angustia del Papa ante la tragedia española*. Madrid, 2008, pp. 286 y ss.).

Por lo demás, un factor en ocasiones preterido, mas de suma importancia en la coyuntura en que se gestó la famosa *Carta Pastoral del Episcopado Español* a los Obispos del mundo entero, ha de tenerse en cuenta al analizar la postura de Gomá. Los cinco primeros volúmenes de la obra editada por los Dres. Andrés Gallego y Pazos descubren claramente los estremecimientos de conciencia que sacudieron el espíritu del cardenal en los meses que antecedieron al alumbramiento del controvertido texto. Conocidos son los dolorosos acontecimientos que tuvieron lugar en la geografía de la archidiócesis más dilatada de Europa —toda ella bajo el control republicano hasta el final de la contienda— por la persecución de que fueron objeto la Iglesia, sus ministros y sus bienes. La desazón que inquietó su ánimo desde el estallido de la lucha al no haber podido estar con su clero y grey debido al tratamiento prescrito con anterioridad en tierras iruñesas para su padecimiento urológico, fue acrecentándose hasta casi una situación de bloqueo anímico en las semanas que precedieron la publicación de la *Carta*. Al haber tratado en fechas relativamente próximas y con parte de la requerida latitud monográfica la cuestión

ahora abordada, no nos detendremos ahora y aquí en la repetición de lo expuesto en sus páginas, como tampoco en el protagonismo casi exclusivo de Gomá en la autoría de un escrito que, a los ochenta años de ver la luz, sigue siendo uno de los focos de la inacabable polémica desatada a propósito de la Guerra Civil española de 1936 y piedra de toque infalible en el alineamiento de sus estudiosos de todos los cuadrantes. (*Vid.* Cuenca Toribio, J. M., *Nacionalismo, franquismo y nacional-catolicismo*. Madrid, Editorial Actas, 2008, en especial, capítulo primero).

La *Carta* del episcopado proyectó definitivamente la figura de Gomá a la escena informativa mundial. Ya presente en los medios y opinión occidentales, la controversia sobre el texto mencionado extendió su conocimiento por los cuatro puntos cardinales. Su epistolario internacional ensanchó así su ya caudaloso curso con cartas y documentación provenientes de todos los rincones del planeta. La irrefrenable polarización de la política internacional y, singularmente, de la europea en los meses siguientes a la difusión del texto daría también alas a un epistolario que por mucha que fuese —y todo hace pensar que resultó escasa y precaria— la colaboración de secretarios y amanuenses, llama al asombro por la cantidad y calidad de su contenido en cuanto a la corrección y propiedad del estilo en persona que tenía al castellano como segunda lengua. La etapa cronológica comprendida entre el inicio del verano de 1937 y el término del siguiente, en la antesala de la célebre conferencia de Múnich, fue la más intensa de la inmensa tarea epistolográfica llevada a cabo por Gomá en parámetros internacionales. A partir de la indicada fecha se remansó, en beneficio de sus trabajos internos que, crecientemente, interpelaban su atención. La obra de restauración eclesiástica era ya por esas fechas tan abrumadora como perentoria, con mil y una cuestiones a las que dar repuesta por un episcopado que tenía en el primado el líder deseado para afrontar con energía e ideas los frentes que inesperadamente se habían abierto con el ya inminente triunfo de las tropas «nacionales» en el campo de batalla.

En nuestros estudios acerca de la trayectoria de la Iglesia española contemporánea nos atrevimos a articular dicha evolución en torno a las cinco restauraciones que tuvieron lugar, respectivamente, en 1814, 1847-50, 1875-76 y 1939. El planteamiento de la última se debió casi *ad integrum* a Gomá, que había meditado dilatadamente sobre los goznes y piedras angulares que enquistarían y sostendrían su edificio. A tales efectos, su correspondencia se ofrece como un testimonio capital de la colocación de sus primeros basamentos. La comparación con respecto a las precedentes se hace difícil en punto a extensión y trascendencia. Las dos primeras siguieron a dos catástrofes como la guerra contra los ejércitos napoleónicos y la Guerra Civil de mayor número de años en el balance dantesco de nuestras contiendas fratricidas, a lo que se añadiría, finalmente, una de las más grandes divisorias de la modernidad española: la desamortización de Mendizábal completada a poco por la de Espartero.

Pero aun así, en punto a hemorragia demográfica y pérdidas materiales, ninguna de las ocasiones anteriores pudo equipararse con la hondonera de 1936-39. Gomá no tardó en advertir la profundidad de la crisis —la guerra fue, en su

opinión, la desembocadura de un largo proceso de decadencia moral y religiosa de la sociedad española— y los innumerables trabajos que en el seno del catolicismo hispano exigiría su resolución. Y de nuevo el archivo puesto a disposición del lector por el loable esfuerzo de Gallego y Pazos se levanta como un faro insustituible para iluminar el camino trazado por Gomá como jefe de filas y, sobre todo, guía incontestable —con la salvedad *in absentia*, claro está, de Vidal Barraquer— de la jerarquía episcopal en orden a movilizar todas las energías del cuerpo social galvanizado por las creencias evangélicas y dar pronto paso a otra página bien distinta de la anterior de los anales de la religión tradicional del pueblo español.

Ciertamente, los investigadores no se sentirán defraudados en su husmeo de materiales cualificados para echar sobre sólidos cimientos la cada vez más indispensable reconstrucción de la Iglesia española del primer franquismo *sine ira et studio*. El panorama entrevisto mediante los muy reducidos estudios consagrados a la cuestión se halla lejos de restringirse al muy esquemático hasta el momento dibujado; no solo por sus aceras tensiones con la ideología dominante, sino también por el inimaginable dinamismo de su vida interna. Por desgracia y de manera acaso no demasiado convincente mas, por supuesto, respetable, el hecho de que los editores hayan dado término a su trabajo de manera un tanto abrupta en abril de 1939, les privará de cobrar sustanciosas piezas que una exploración documental prolongada hasta la muerte del cardenal, en agosto de 1940, les hubiese sin duda proporcionado. En la formulación restauradora de Gomá había ideas, objetivos realistas, metas estimulantes. No todo era reacción ni elegía de las nieves de antaño en el pensamiento de un hombre de Iglesia muy ulcerado por las derivas de las instancias civiles supremas con relación al futuro educativo y cultural de los españoles.

Porque, en efecto, tal es probablemente, junto con la concerniente a la redacción de la *Carta Pastoral* colectiva del verano de 1937, la segunda *magna quaestio* de la temática proporcionada por el Archivo Gomá: el rígido, calculado diálogo de la jerarquía de la España franquista con sus gobernantes y autoridades, muy en particular, las de talante falangista, en torno al porvenir doctrinal del país y, sobre todo, de los instrumentos docentes de las jóvenes generaciones. No por a menudo silencioso y soterrado, el duelo por el control de la escuela y la formación intelectual entre el clero y la jerarquía y los mandos josé-antonianos dejó de ser normalmente áspero. Incluso la pluma del primado habitualmente disciplinada en su congenial vigor dejaría de alcanzar, ocasionalmente, un punto de desgarrar cercano a la ira al discurrir por los terrenos del discurso pro-totalitario explicitado en no pocas tesisuras por la propaganda del Nuevo Estado.

Un tema aun si cabe de mayor entidad envolvía el asunto que con tanta frecuencia hizo saltar las alarmas del alertado episcopado del momento, que en el enérgico y vigilante papa Ratti hallaba un campeón de la libertad de enseñanza y la oposición a las dictaduras. El avance incontenible del aparato propagandístico del III Reich en amplias y muy influyentes esferas dirigidas despertaba toda clase de temores en las eclesiásticas. La unidad en tal plano era granítica en el episcopa-

do y Gomá no se arredró a la hora de echar un pulso decisivo a los sembradores del mensaje nazi encumbrados en ciertos casos en los sitios más altos del poder. En todo lo atingente a su encendida pastoral *Catolicismo y Patria*, impresa en 1939 semanas antes de la terminación del conflicto, los tomos XII y XIII con los que se clausura la meritoria aventura intelectual de los editores son ricos en información de superior interés.

Gomá siempre confió en que, llegado un punto, Franco detendría la marea hitleriana de los elementos más radicales de Falange. Mas, cuando a compás de la expansión germana en la Europa de las postrimerías de los años treinta y del simultáneo fin de la contienda interna, la primacía política del credo josé-antoniano amenazaba con imponerse al propio cuartel general y a su jefe, el primado no vaciló en cerrar el paso a la ideología totalitaria con un texto —la pastoral acabada de recordar— que, con un dictador en la penumbra (¿aquietante?), trazó un foso con Serrano Súñer y su *entourage* que no se cubrió sino con su muerte (cfr. Cuenca Toribio, J. M. *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo*. Córdoba, IV, 2006).

Repito: colección documental que se diría perteneciente a los usos y hábitos de una historiografía ya pasada pero que, en realidad, como todos los productos auténticos y valiosos, no tiene fecha de caducidad. He aquí el inestimable servicio prestado a la comunidad académica y al público en general por unos contemporáneos ahincados, con la mejor de las calificaciones, en el tajo donde se cosechan los frutos tardíos de la investigación histórica. Esto es, en la detección y aprovechamiento de fuentes primarias de descollante enjundia; solo que en la presente ocasión antes de usufructuarlos ellos mismos, con su característica diligencia y sagacidad las han puesto a disposición de colegas y lectores en rasgo de generosidad encomiable, pero también conscientes de que un fondo tan esencial para el análisis minucioso de la malhadada Guerra Civil de 1936-39 tendría que ofrecerse sin demora a los estudiosos y anhelantes interesados en la misma.

Por su misma naturaleza, pero también por razones coyunturales, resulta comprensible que uno de los capítulos más largos del estudio de las vicisitudes religiosas del drama de 1936 sea el dedicado a los martirologios. Nunca abandonado a tenor de su importancia, experimentó, no obstante, un *revival* en la segunda fase del pontificado del carismático Juan Pablo II, alentador de dichos trabajos. En un tiempo en que, algo paradójicamente, las agitadas aguas de la publicística sobre la guerra bajaban algo más calmadas, el episcopado quiso subrayar en diversas ocasiones que la potenciación de tal literatura en modo alguno cobijaba el deseo de reanimar pasiones y cenizas, aspirando tan solo a hacer justicia a los muertos en testimonio de su fe. De forma casi simultánea, los partidarios de reactivar la «memoria histórica» a la búsqueda de los asesinados en la España franquista e inhumados sin identificación coincidían en el mismo propósito de la jerarquía eclesiástica de no sentirse impelidos más que por la causa de la justicia, sin intención por ello de agrietar la convivencia democrática.

Al margen de polémicas con daños cuando menos colaterales para la creación de un clima adecuado para la investigación en las zonas profundas del conflicto, es lo cierto que esa actualizada onda «martirológica» no ha cesado en su trepidante ritmo y ha alcanzado los inicios mismos del segundo decenio del tercer milenio, en riguroso y acaso ilustrativo paralelo, cabe anotar, con la de la «memoria histórica», en una oleada tanática poco acorde, sorprendentemente, con la cosmovisión imperante en las sociedades postmodernas.

La indagación de las víctimas ha de ir acompañada necesariamente de la de sus verdugos. El que conceptualmente el principal de entre ellos sea una mentalidad, desprende al enojoso tema de las connotaciones personales que en todas las cuestiones relativas a la contienda cainita hace tan reluctantante cualquier tratamiento de índole procesal; lo cual, de otra parte y muy obviamente, en nada omite el análisis individual y grupal de los responsables directos de los asesinatos y crímenes. La detestable instrumentalización propagandística que del asunto hiciera el bando vencedor de ninguna de las maneras puede conducir a su preterición o, peor aún, a una deformación de distinto signo.

Muy puestos en razón, la gran mayoría de los especialistas actuales colocan en la «internacionalización» un rasgo primordial en la comprensión del fenómeno, al modo como ocurre también en otras muchas facetas de la Guerra Civil. Los análisis en fechas próximas así lo corroboran sin necesidad quizá de más esfuerzos. Seguramente resida en dicho aspecto la muestra más visible y positiva de la incorporación de sangre nueva al copioso plantel de los investigadores del capítulo que sigue ostentando el cetro de la atención foránea e indígena por nuestro pasado. Merced a su loable esfuerzo, el tema cobra perfiles novedosos y con ello una mayor comprensión. Mas por la plausible pintura externa que se dé a la intelección del holocausto católico español, este solo podrá interpretarse cabalmente desde coordenadas internas.

Las persecuciones religiosas de los conflictos europeos y americanos —la famosa Cristiada en el México plutarquiario— del siglo xx —balcánicos y eslavos— con ofrecer algún que otro rasgo de semejanza con el español, no admiten, en su esencia más honda geográfica, demográfica, social, política e histórica, cotejo alguno con la acontecida en la España de 1936-39. Pese a los sugestivos paralelismos constatables entre el caso ruso y el español, que han dado abundante materia a ensayistas y literatos, la violencia antirreligiosa de los inicios y consolidamiento del régimen soviético no guarda identidad sustantiva —y muy poco relativa— con la hispana; e igual cabe afirmar —solo que en ocasiones con caracteres más acentuados— con la de las contiendas finlandesas, yugoslava o helena. Y ni tan siquiera la desatada en el país del Nuevo Continente que, según opinión generalizada, guarda con mayor claridad la huella de la idiosincrasia de su antigua metrópoli esto es, la del México de los años veinte y arrancada de los treinta es susceptible de enfocarse desde el mismo prisma.

En definitiva, la muy provechosa «internacionalización» del fenómeno que nos ocupa ha de repercutir insoslayablemente en el ahogamiento de sus raíces iden-



titarias. Subrayarlo resulta de todo punto ocioso: España no es diferente. Mas, al igual que ocurre en los ayeres de todas las naciones de auténtico peso histórico, se detectan en su pasado peculiaridades si no específicas e intransferibles, cuando menos sí muy singulares. Su anticlericalismo es una de ellas.

Y, no tan paradójicamente desde una perspectiva española, resulta ser, sin embargo, una de las *magnae quaestiones* menos abultada en su bibliografía. Sabido es al respecto cómo los estudios de mayor audiencia y valor se descubren muy generales, con una hibridación en el caso de las últimas publicaciones no siempre fecunda. Catas particulares hay, por fortuna, muchas, que en su expresión más lograda reclaman imperiosamente su encuadre en un contexto convincentemente definido y una roturación global mínimamente satisfactoria. Se entiende, de ahí, fácilmente que incardinar en su campo la clave final de la persecución religiosa de 1936-39 sea incompleta o cuando menos insuficiente hasta tanto no se disponga de una obra a la altura del tiempo sobre el anticlericalismo de cosecha ibérica.

La imprecisión o la vaguedad tienen aquí el precio ineludible de la insatisfacción. Así sucede, por mencionar el ejemplo quizá más destacado de la reciente historiografía, con el análisis de uno de los más sobresalientes miembros de las hornadas más jóvenes de nuestro contemporaneísmo —Julio de la Cueva Merino: «El asalto de los cielos: una perspectiva comparada para la violencia anticlerical de 1936» (*Ayer*, 88 (2012), pp. 51-74)— y asimismo con el de otros dos ya destacados cultivadores del tema pese a su mocedad: M. Vincent —«“Las llaves del reino”: violencia religiosa en la Guerra Civil española, julio-agosto de 1936», en Ealham, C., Richards, M., (eds.), *La España fragmentada. Historia, Cultura y Guerra Civil español, 1936-1939*. Granada, 2010, pp. 91-119— y J. L. Ledesma, *Enemigos seculares: la violencia clerical. Izquierda obrera y religión en España (1900-1939)*. Alcalá de Henares, 2012, pp. 191-216.

Las matanzas del verano del 36 y las persecuciones posteriores no fueron —pese a las enormes cifras— exclusiva ni primordialmente de sacerdotes regulares y seculares y de obispos. Cubrieron todo el ancho arco del catolicismo español social y político, sin ninguna excepción por edad —se mataron a niños y adolescentes seminaristas y no seminaristas e incontables ancianos y ancianas seglares—, sexo —el registro de mujeres es, sencillamente, aterrador: novicias, monjas, viudas, embarazadas, célibes, recién casadas, amas de casa— o condición. Balance: una riada de muertos, entre los que los de estado clerical constituyeron un fracción considerable, pero muy lejos de ofrecerse como la principal en términos cuantitativos.

Dada tal nota, se visualiza sin mayor esfuerzo que por intenso y radical que fuese un anticlericalismo sobreexcitado y sobrealimentado en los días de la República, en ocasiones por desafueros e injusticias de gentes y estratos autoetiquetados de católicos, no es factible estimarlo por sí mismo como el alfa y omega del ideario que llevó a matanza tan universal y sostenida en el bando gubernamental hasta sus mismas postrimerías. (En el principal escaparate del segundo gabinete del Dr. Negrán, en la Barcelona de finales de 1938 —sin duda, la población con

mayor y más dinámica «iglesia de las catacumbas» en ese periodo—, relata un desinhibido testigo —Fernando Díaz-Plaja— el asombro cósmico de los paseantes matutinos de la Gran Vía de las Cortes Catalanas al contemplar el paso del entierro de un capitán de gudarís fallecido en la ciudad condal —*Vid. Todos perdimos. Recuerdos de la guerra incivil*. Madrid, 1999).

Hubo de ser así un verdadero *odium dei* el que se desatara en el sector republicano de la España de la Guerra Civil cuyo origen y causas no pueden aprehenderse en las simples mallas del anticlericalismo, por ancha que sea la extensión que quiera dársele. Parte de sus últimos estudios realzan los factores antropológicos del fenómeno y añaden a sus análisis algunos elementos sociológicos de fuerte impronta hispana. Incuestionablemente, esta es una vía de progreso en la definición española de un hecho tan difundido en la geografía meridional del catolicismo. Empero, ni agota ni reemplaza la investigación en terrenos como el teológico o el mismo histórico: *verbi gratia*, los «cristeros» contaron con la adhesión masiva del campesinado y las clases populares.

En ocasiones asuntos de dimensiones tan dramáticas como el glosado aconsejan un contrapunto anecdótico. Como conocen los lectores de esa literatura histórica de autoría anglosajona que tanto hace lamentar el que la colonización historiográfica española contemporánea hubiere sido más positiva de tener cepa francesa, Gonzalo de Aguilera Munro (1886-1965), XI conde de Alba de Yestes, terrateniente, bibliófilo y políglota fue, como capitán de Caballería, Oficial de Prensa del Cuartel General de Salamanca hasta 1937, encargado de gran parte de las relaciones con los corresponsales extranjeros en la España sublevada y luego nacional. En una biografía que reivindica destacadamente el valor historiográfico del género —L. Arias González, Salamanca, 2012— su autor nos habla *in extenso* del «anticristianismo militante» (p. 244) del personaje, de cuya pluma salieron las descalificaciones más iconoclastas del clero español de todos los tiempos —en su mayor parte no publicadas— así como un sinnúmero de estridentes impugnaciones de los dogmas católicos y sus seguidores. La nómina de los anticlericales españoles modernos más leídos y cultos ha de incluirlo *a fortiori* en lugar prominente al tiempo que su existencia servirá para ilustrar las limitantes del anticlericalismo como tesis globalizadora de la persecución religiosa de causas más polivalentes de los anales de la contemporaneidad.

Frente a los planos abocetados más arriba, el que puede ser su complementario, el englobador de la autoría, el nombre y apellido de las organizaciones y poderes que ordenaron, propiciaron o no pudieron impedir los asesinatos por motivos religiosos, se descubre menor, sobre todo transcurridos más de setenta años de la conclusión de la guerra. Al desenvolverse esta también en la superficie y fondo como otra más de las contiendas civiles que en el novecientos adoptaron los caracteres y objetivos de una revolución política y socioeconómica, la fragmentación de decisiones y responsabilidades asumirá un papel relevante. Conforme se recordó, en la conmemoración del 50 aniversario de la contienda, anarquistas y falangistas arrojaron para los especialistas la carga mayor de los asesinatos en una y otra

zona, singularmente en los primeros meses en los que la autoridad central aparecía difuminada o infirme —situación de más dilatada vigencia cronológica, según es también sabido, en el sector republicano. El mayor desarrollo de la historiografía catalana en relación con la restante del país se ha mostrado igualmente en el área delineada en estos renglones. Teatro por excelencia de las grandes matanzas clericales, la geografía del Principado ha sido batida en grado insuperable por los estudiosos a la búsqueda de cuantificar pero también de «nominalizar» —*sit venia verbis*...— crímenes y criminales. Los trabajos de J. Albertí, *El silenci de les campanes. De l'anticlericalisme del segle XIX a la persecució religiosa durant la guerra a Catalunya* (Barcelona, 2007) y *La Iglesia en llamas. La persecució religiosa en España durante la Guerra Civil* (Barcelona, 2008) ratifican la hegemonía absoluta de la CNT y sus afiliados a la hora de almacenar la nefasta cosecha de muertes por el delito de confesar la fe en el Evangelio. Responsabilidad ampliada al Aragón pirenaico —en cabeza, *avant la lettre*, el libro Guinness de las matanzas citadas—, en cuyo territorio implantaron los anarcosindicalistas por largos meses su ley y su deseo. En otras geografías como la vasca, la cántabra o la manchega, la identidad política e ideológica de los actores de fusilamientos y decapitaciones de sacerdotes y seglares fue la ya señalada, mientras en Madrid correspondió a algunos afiliados al PSOE.

No obstante, al fin y a la postre, en tal extremo igual da galgos y podencos. Como respondiera Azaña al atribulado gobernador civil de Almería que pretendía disminuir el alcance de unos asesinatos con su parquedad aritmética, «muertos son». Que a la guerra se superpusiese o añadiera una revolución o que esta coexistiera y desplegara dentro de la contienda, en nada pudo variar la magnitud y espanto de la hecatombe. Por descontado, que cualquier investigación que aclare perfiles y despeje incógnitas será bienvenida. Pocos surcos hay más atractivos cara a la tarea de las nuevas generaciones de historiadores de nuestro siglo xx. Mas sin perder nunca, como por desgracia ha ocurrido muchas veces en sus predecesores, en la polvareda de las polémicas y aun de los carriles metodológicos, a los protagonistas de la tragedia.

Cuestión de igual modo emparentada con la terminada de esbozar es la de los clérigos que, adheridos al régimen republicano hasta el final de sus días, sobresalieron por sus escritos y discursos en las campañas informativas en pro del régimen y cara a los medios extranjeros. Hoy se cuantifican en cifras más abultadas de lo que tradicionalmente se ha venido admitiendo...

En la incesable bibliografía provocada por la tragedia de 1936 no se observa ningún descenso en cuanto a su número e importancia. Podría creerse que en días de un trepidante ritmo en la secularización del país y de disminución de la práctica religiosa el tema se enfriaría y se adentraría en una zona de progresivo aletargamiento. A la fecha —se insistirá— la realidad dista de tal estadio intelectual. Por el contrario, en la literatura histórica de índole contrafactual, virtual e imaginaria que hoy se enseorea de librerías y bibliotecas los libros referidos al drama de la Guerra Civil, la temática religiosa no ve disminuida un ápice la trascendencia que

habitualmente se le otorgara. Todos los «sies» y abusivos empleos del condicional que proliferan en dichos textos y publicaciones jamás extienden su dominio por el territorio concreto de la persecución religiosa. Su perfil se conserva intacto, a modo de recordatorio y homenaje a los que dieron su vida por un ideal trascendente.

Cuenta una de las leyendas urbanas más divulgadas de la guerra que en el asedio del Alcázar toledano, uno de los sitiadores apostrofó a los cercados a través de los altavoces: «Vosotros por creer en Dios y nosotros por no creer, en menudo “fregao” nos hemos metido...». En la causa en que se encuadraron los sectores integrados por los «defensores» del mayestático monumento abundaron el fariseísmo, la sinrazón y la justicia; en la enarbolada por los asaltantes, el deseo de un catolicismo espiritualizado, la solidaridad y la ardida esperanza en un mundo fraterno y justo encontraron numerosos adictos. Pero a la hora de los símbolos, el miliciano referido los describió con exactitud.